

mayores dificultades, y aunque se lograra reunirlo se compondría de representantes de las diferentes Iglesias, y dando de barato que estos representantes llegasen á ponerse de acuerdo, faltaría saber si sus comitentes, las comunidades é Iglesias, aceptarían lo que aquellos hubiesen resuelto. No estando seguros de la conformidad de todos, nada podía establecerse que fuese acatado unánimemente, pues que la fé religiosa interesaba á todos y á cada uno de los individuos. Al fin los suizos, reconociendo primero la imposibilidad de llegar á conciliar tantas opiniones diferentes, y además el derecho de todas ellas á ser respetadas, cayeron en la cuenta de que lo mejor sería, como ya se había propuesto en la asamblea de Francfort, reunir todas las diferentes profesiones de fé en una coleccion llamada «armonía.» Esta proposición democrática, completamente opuesta al sistema autoritario absolutista del luteranismo ortodoxo, fué adoptada por todas las partes interesadas, y en 1581, un año despues de la publicación del libro de Berg, fué publicada en Ginebra la «Armonía de las profesiones de fé de las Iglesias reformadas ortodoxas» (*Harmonia confessionum fidei orthodoxarum et reformatarum ecclesiarum, quae in praecipuis quibusque Europae regnis, nationibus et provinciis sacram Evangelii doctrinam pure confitentur, etc.*) Esta obra presenta en 19 capítulos los textos de los diferentes dogmas de once profesiones de fé, con lo cual quedó evidenciado que lejos de tender á separaciones de las diferentes Iglesias, se buscó una union sólida respetando la libertad de cada parte, pues además de las profesiones de fé suiza, francesa, inglesa, belga y bohemía, figura también la de Augsburgo, y las de Sajonia y Wurtemberg, en sentido de Melancton, es decir antes de ser desfiguradas por la doctrina de la ubicuidad. Solo faltaba en el grupo la fórmula de Berg, el famoso cuerpo de doctrina de la llamada concordia, pues que contra ella se erguía la «armonía» de las otras profesiones de fé.

## OBSERVACION FINAL

Cincuenta años hacia que los príncipes alemanes habían presentado animosos su profesion de fé en el parlamento de Augsburgo, fundando con este acto la Iglesia protestante en el Imperio; y al cabo del corto espacio de medio siglo sus descendientes habían introducido en la nueva Iglesia la causa de su ruina.

Seámos, pues, permitido añadir á la relacion de la marcha lamentable de los sucesos algunas observaciones que al meditar sobre tan triste resultado se imponen á la mente.

Los reformadores habían estado de acuerdo en que la única norma y el solo fundamento de la religion cristiana era la Sagrada Escritura, que cual manantial vivificador no necesitaba para ser entendida ni guia ni comentario como queria la Iglesia católica. Sin embargo, aquellos reformadores no habían penetrado en todas las honduras de este manantial, ni conocido toda su incommensurable riqueza, ni sacado su esencia purísima. La doctrina que sacaron necesitaba ser acrisolada y refinada, y tratando de penetrar mas y mas el espíritu y sustancia de la Sagrada Escritura, llegaron á discrepar respecto de diferentes puntos accesorios, pues que el punto cardinal y la base del cristianismo era la fé incondicional en Cristo como Salvador; de suerte que las divergencias que hubo en algunos puntos doctrinales no eran motivo para destruir la unidad de la Iglesia basada sobre el Evangelio que no exige ni una profesion de fe autoritaria é incondicional calcada sobre la letra del texto, ni existió semejante obligacion en el primer tiempo, tanto del protestantismo como del cristianismo en general. La confesion de Augsburgo, fruto de las circunstancias que exigían una fór-

mula de la nueva religion enfrente de la romana que calificaba á su competidora de innovacion caprichosa é inútil, era un dique contra las fantasías desenfundadas; pero no fué mas que una exposicion de la idea protestante mas pura, un testimonio de la fé como entonces se sentía, y norma de la misma fé como se queria entonces establecerla para en adelante.

La paz religiosa reconoció el principio protestante del libre desarrollo de la fé, dando á los miembros protestantes del Imperio la seguridad de que serían respetadas la doctrina que habían admitido y la que en adelante pudieran admitir. Las doctrinas en efecto se desarrollaron á su manera en diferentes territorios conforme al principio propiamente protestante del libre estudio de la Sagrada Escritura, y se desarrollaron sin lesionar la comunidad del protestantismo, como tampoco la lesionaron las divergencias de los reformadores. En el parlamento de 1566 prevaleció todavía entre los protestantes el principio de que las diferencias doctrinales no debían ser motivo de destruccion de la unidad de la Iglesia protestante. Por esto mismo se miraban en aquel tiempo los protestantes alemanes y extranjeros como correligionarios, y los primeros intercedieron repetidas veces por los hugonotes en Francia y los calvinistas en los Países Bajos, y con frecuencia pensaron en la reunion de un sínodo protestante general compuesto de representantes de las Iglesias del Imperio y del extranjero.

Esta comunidad fué destruída por los luteranos rígidos, que muy al revés del espíritu del protestantismo y en cambio muy conformes en esto con el catolicismo, no tomaron por única base de la comunidad protestante la palabra clara de los textos sagrados, sino estos mismos textos tales como los entendió y explicó Lutero, y mas que estos textos la doctrina sacada por Lutero, que para ellos fué un apóstol por haberle sido revelada por un favor divino. Andreae escribió: «Lutero, es decir, Cristo,» el espíritu de Lutero que es el espíritu de Cristo; á pesar de que el mismo Lutero en los artículos de Smalcaldia había advertido á los protestantes que se guardaran muy bien «de hacer de los escritos y textos de los padres de la Iglesia artículos de fé, pues que ni las palabras de los hombres ni las de los ángeles, sino únicamente las de Dios, podían constituir artículos de fé (1).»

No se acordaron ó no quisieron acordarse los luteranos fanáticos de este consejo de su maestro y profeta, cuya manera de entender y explicar los textos sagrados solo era una de las muchas maneras posibles de explicarlos. Tampoco tuvieron presente que la verdad divina es un tesoro inagotable del cual se sacaban siempre nuevos descubrimientos no hechos por Lutero, de suerte que el movimiento reformador no había quedado terminado con Lutero, sino que continuaba por encima de Lutero y le dejaba atrás. Y era que los luteranos no iban en busca de la verdad, porque creían haberla ya encontrado y ser sus poseedores privilegiados. Así declararon la primera profesion de Augsburgo precepto dogmático que debía seguirse en todos sus puntos sin apartarse de él un ápice, y tuvieron su libro de concordia, obra de unos pocos adeptos íntimos del luteranismo ortodoxo, por la explicacion verdadera de aquella profesion de fé, cuyo objeto era acabar para siempre con toda controversia dentro de la Iglesia evangélica. Negaron que las explicaciones de los textos sagrados dados por otras Iglesias protestantes fuesen tan legítimas como la suya; pero se guardaron muy bien de admitir en sus trabajos de concordia colaboradores que

(1) Pero él se creía verdadero intérprete de la palabra de Dios y así comentó á su modo la Sagrada Escritura: lo que prueba que no fué el libre exámen el principio fundamental del protestantismo.

(N. del T.)

no fuesen de su partido. Las divergencias, todas secundarias y puramente teológicas y muchas de ellas basadas en diferencias de escuela y del lenguaje particular de cada escuela, diferencias poco inteligibles como las relativas á la comunión, á las naturalezas de Cristo, á la predestinacion, etc., bastaron á estos luteranos para anatematizar á los disidentes como apóstatas, sin considerar que todos, luteranos y disidentes, se habían separado de la Iglesia católica romana, y que esta era su enemiga comun.

Con su obra los luteranos ortodoxos se aproximaron al catolicismo y le prestaron por consiguiente un señalado servicio; pues lo que para el Papado era el concilio tridentino, era para los luteranos ortodoxos la profesion de fé de Augsburgo y su interpretacion auténtica, infalible, en un todo conforme á la Sagrada Escritura, de donde se deducía lo imposible de todo ulterior desarrollo y perfeccionamiento. Esta profesion de fé de Augsburgo con los escritos simbólicos admitidos por ella, y el libro de Berg, eran para los luteranos en adelante lo que el Papa era para los católicos, la autoridad suprema, infalible y absoluta.

Nada caracteriza mejor el espíritu del luteranismo ortodoxo y de su obra, el libro de Berg, que la circunstancia de que en concepto de muchos este libro era obra indirecta de los católicos, y entre estos se decía que los autores y promovedores del libro eran en el fondo buenos católicos y amigos del Papa porque hacían suya la doctrina de la comunión de la primera profesion de fé de Augsburgo. Significativo fué también que el catolicismo cobrara nuevos bríos para tratar de atraerse al elector Augusto desde el instante en que abrazó el partido luterano ortodoxo, y que la familia de este príncipe, continuando en la pendiente de la amistad y alianza con Roma, acabara por ingresar en el seno de la Iglesia católica romana. Otro patrocinador celoso de la llamada «Concordia,» el duque Julio de Brunswick, hizo entrar á sus tres hijos con ceremonial católico y traje eclesiástico en Halberstadt, donde mandó tonsurarles y consagrarles á fin de que estuviesen «mas aptos para recibir los obispados y los feudos eclesiásticos.» En fin, toda la actitud y conducta del luteranismo ortodoxo, desde entonces en medio de las luchas, disensiones y odios que sobrevinieron; su condescendencia y amistad para con el Pontificado y el ultramontanismo, de las cuales citaremos aquí uno de los muchos ejemplos que podríamos citar, evidencian la tendencia católica y papista de esta rama protestante.

Ejemplo característico tenemos en la expresion del predicador de palacio de la corte sajona, Hoe de Hoenck, que dijo: «que más valía tratar con los papistas y tener más confianza en ellos que hacerse calvinistas.»

La conservacion ó restablecimiento de la unidad de la Iglesia protestante, ó sea la verdadera concordia, habría sido únicamente posible entonces si las diferentes ramas protestantes que se habían formado y que existían con idéntico derecho histórico, la luterana y la melancónico-calvinista, se hubiesen unido en una misma confesion de fé basada en la que ya tenían, como se había hecho para la Polonia en el sínodo de Sandomir (1570), y diez años despues y en un sentido mas general en la *harmonia confessionum*, para despues de hecha la union discutir con las armas teológicas la superioridad de tal ó cual doctrina; ó si se formara del fondo fundamental de la palabra divina una nueva doctrina que por su mayor perfeccion resolviera ó hiciera ociosa la discusion de puntos cuestionables.

No se hizo ni lo uno ni lo otro. El luteranismo rígido con su orgullo fariseo y la conviccion de su infalibilidad, además de su obstinacion escolástica, no pensó ni remotamente en entenderse con las otras tendencias divergentes del protestantismo, pues solo pretendía imponerles sus dogmas petrifi-

cados ó condenarlas como heréticas. Con esto hizo lo que desde muchos años deseaba Roma y trataba de alcanzar en vano, y á lo cual no había querido prestar su concurso en el año 1566 el príncipe elector Augusto, que entonces no había caído todavía bajo el dominio de la ortodoxia. En efecto, introducido el cisma en la Iglesia luterana respecto de la confesion de Augsburgo, una parte de ella quedaba excomulgada y excluida por consiguiente de la paz religiosa, declarándose al mismo tiempo separada esta Iglesia de las comunidades fuera de Alemania que fueran condenadas como heréticas.

Sin esto las Iglesias calvinistas, que se consideraban miembros libres de la Iglesia protestante, difícilmente se habrían decidido á formar una comunidad eclesiástica separada; pero á los calvinistas rechazados, excluidos, hostilizados, tratados de herejes y de vendidos por la concordia luterana formada por sus correligionarios contra ellos, no les quedó mas recurso que intentar también por su parte la formacion de una alianza para defenderse contra sus fines hostiles como contra el mismo enemigo comun.

La Iglesia protestante alemana se dividió en tres fracciones, encontrándose en la una los concordistas, partidarios ultrafanáticos y ciegos de Lutero, cuya Iglesia adoptó desde entonces el nombre de luterana. En la otra fraccion figuraban los partidarios moderados del gran reformador que en él veneraban el primer proclamador del Evangelio purificado, adoptaban su doctrina de la comunión y seguían sus preceptos é indicaciones en los asuntos eclesiásticos, pero que querían que se reconociera á Melancton y su trabajo, y que no se levantara una muralla insuperable entre ellos y los que habían sido conducidos al protestantismo por otros propagandistas y por distinto camino. En la tercera fraccion estaban los que, yendo mas lejos que los admiradores de Melancton, se hallaban penetrados de la conviccion de que la reforma de la Iglesia no era obra que Lutero había dejado concluida, sino obra en la cual habían de trabajar asiduamente las generaciones venideras á fin de añadir al tesoro conquistado por Lutero en la confesion de Augsburgo lo que habían predicado otros teólogos, en especial Calvino. Estos protestantes, rechazados por los luteranos, tendieron resueltamente la mano á los protestantes de fuera de Alemania y entraron como reformados alemanes en aquella gran comunidad que pretendía únicamente ser evangélica, que rehusaba distinguirse por nombre alguno de persona y que se llamaba simplemente Iglesia reformada para recordar con esto el gran hecho de la reforma religiosa.

Entonces se hizo moda el nombre moderno de los papistas, que se llamaron desde aquel tiempo «católicos» (1) como si su Iglesia fuese la universal y los protestantes los herejes. Los luteranos aceptaron esta designacion de católicos por parte de los papistas, si bien este nombre iba contra la paz religiosa y era un insulto para ellos.

Los católicos pudieron expresar su júbilo y esperar con alegría el porvenir; pues sus adversarios, victoriosos mientras habían estado unidos, se habían hecho ellos mismos una herida mortal; así es que ensalzaron á grandes voces la obra de Bergen, «porque en ella confesaban el doctor Jacobo y con él los luteranos lo que hasta entonces jamás habían querido confesar, á saber: que entre los luteranos y protestantes se habían introducido en poco tiempo tantas divergencias y tantas sectas, que casi era imposible contarlas; por manera que habían de descubrirse mutuamente sus defectos y de condenarse mutuamente por herejes, calificacion que hasta entonces los católicos nunca habían consentido que se les aplicase.»

(1) El nombre de católicos viene desde Constantino; pues la luterana no fué la primera disidencia que surgió en el seno de la Iglesia.

(N. del T.)

## LIBRO TERCERO

### EL ULTRAMONTANISMO

#### LA IGLESIA MILITANTE

En toda su vida de mas de mil años jamás había sufrido la Iglesia de Occidente una derrota como la que le hizo sufrir el movimiento de Reforma. Mas de una vez el poder pontificio se había tenido que inclinar ante el imperial; se habían sitiado y expulsado Papas de Roma; habían vivido Papas en el destierro y habían tenido que sufrir situaciones cismáticas; el mundo láico se había levantado repetidas veces contra la desmoralización y materialización del clero; se habían hecho hasta tentativas para conmovir las doctrinas de la Iglesia, pues que los albigenses, los lollardos y los husitas exigieron reformas doctrinales; pero todas estas oposiciones dirigidas, ya contra la cabeza de la Iglesia, ya contra sus miembros, contra su culto, su doctrina, sus usos y abusos, no habían podido hacer caer tan poderosa institución que, después de haberse tenido que inclinar, se había vuelto á erguir con la fuerza de siempre, y sabiendo abandonar con hábil flexibilidad alguna cosa secundaria, atendiendo á las exigencias del espíritu de la época, acomodándose á él, y restaurándose interiormente, se había sostenido dentro de su dominio antiguo con su autoridad é importancia de siempre; había continuado siendo el maestro universal de la fé católica, que era la de todos los cristianos de Occidente. Por mas que se había materializado la doctrina de la Iglesia y por mas que el Papa y el clero se habían desmoralizado á principios del siglo XVI, no ocurrió á ningun cristiano de Occidente salirse de esta comunidad religiosa y no reconocer en el Papa el vicario de Cristo sobre la tierra y en el clero el funcionario privilegiado de esta institución espiritual universal. Sucedia en este imperio eclesiástico que abarcaba todo el Occidente lo que en otros Estados políticos y láicos sucede tambien en épocas de mal gobierno, de funcionarios despreciables y de política lamentable: que no por esto piensan los miembros de este Estado separarse de él. Vino, sin embargo, el gran movimiento de reforma procedente de Alemania que hizo añicos este imperio espiritual; pues á consecuencia de semejante movimiento una parte de la cristiandad del Occidente se separó del catolicismo, renegó de su doctrina, de sus usos, de la devoción mostrada al Papa y de la obediencia y respeto mostrados al clero. La parte separada de la cristiandad se dió una forma nueva y mas pura bajo todos conceptos y dejó tras sí al Pontificado con todos sus defectos descubiertos y repugnantes.

El espíritu de la época estaba en favor de estos innovadores y la idea de que no debía pensarse en renovar, mejorar y rejuvenecer la antigua Iglesia papal y clerical, sino que debía ponerse en su lugar la antigua Iglesia cristiana apostólica, se hizo irresistible y se extendió cada vez á círculos mas vastos.

Lo que se hizo en el fondo, mucho mas que una reforma, fué una creación nueva. Se acabó la Iglesia «católica» tal como la había entendido la Edad media.

A esta desercion tan extensa se agregó otro peligro que amenazó conmovir en sus cimientos el resto del edificio de la Iglesia antigua que había quedado en pié. El movimiento alemán de reforma había empezado á ejercer gran influencia en Italia y originado á la vista de los Papas una corriente que se acercó mucho al rumbo que tomó la corriente de Lutero. Se había apoderado de muchos hombres escogidos de Italia la idea de la necesidad de una convicción religiosa, de espiritualizar la fé y de hacer reformas eclesiásticas. ¡Con qué gravedad y rigidez se elevaron genios nobles como Miguel Angel y Victoria Colonna por encima de la superficialidad frívola de la religión convencional que no podía satisfacer á espíritus profundos! Hasta en las regiones clericales se extendieron estas tendencias de espiritualizar la religión y de mejorar la Iglesia, y profesaron estas ideas altos dignatarios y representantes del edificio antiguo eclesiástico, cardenales como Contarini, Morone, Bembo y Sadolet; predicadores distinguidos como Pedro Mártir, Juan Valdés y Bernardino Ochino. Esta tendencia que se engalanaba con los mejores nombres de la Iglesia romana no tenía en realidad nada de romana. Estos genios unidos en el oratorio del amor divino comprendían la doctrina de la justificación enteramente en el sentido de San Agustín y en el del Evangelio, en cuyo sentido se indicaba el contraste entre la Iglesia moderna y la antigua. Así es que creyeron muy posible reunir á los protestantes al otro lado de los Alpes otra vez en la Iglesia católica sobre la base de principios completamente ajenos y opuestos á las doctrinas romanas (1). El librito que trató de la caridad de Cristo y que fué publicado por el año 1540 obtuvo un éxito inmenso y conquistó muchos partidarios á la doctrina mas profunda de la justificación, y todo esto ocupando la silla de San Pedro un Papa que en concepto moral no era mucho mejor que algunos de sus antecesores. Sin embargo, este Papa, Paulo III, convencido de la necesidad de una reforma en la Iglesia, se entregó enteramente á estos católicos que profesaban principios evangélicos; tanto que elevó á muchos de ellos al cardenalato y les encargó la elaboración de un proyecto de reforma. En el dictámen que presentaron en 1537 descubrieron con noble franqueza los defectos y abusos del clero y demostraron que el origen de estos abusos se hallaba en el poder absoluto del Papa contra el cual propusieron una serie de mejoras radicales. El papa Paulo se decidió hasta á tender la mano á los protestantes para llegar á un acuerdo, á cuyo fin

(1) El autor confunde aquí la doctrina con la conducta.  
(N. del T.)

envió á la conferencia religiosa que debía reunirse en Regensburg (1541) al ilustrado cardenal Contarini; mas entonces ocurrió un cambio trascendental.

Fué como si la Iglesia papal se hubiese puesto sobre sí y se hubiese convencido de que toda discrepancia acerca de las formas y principios que había recibido de Gregorio VII y había conservado y desarrollado despues; toda concesion hecha á cuantos se habían alejado del sistema romano era una traición positiva á este sistema y un paso hácia la descomposicion de aquella institución secular. Desde entonces se decidió la Iglesia romana á conservar su existencia y á recuperar el poder perdido, no por medio de mejoras ni por concesiones ni arreglos, sino por medio de la continuacion mas perseverante de la resistencia y de la lucha. Contarini hubo de regresar de Regensburg sin haber logrado su objeto, bien que había alcanzado ya mucho, pues en Roma entretanto se había apoderado de la influencia directiva el sombrío y fanático cardenal Caraffa, que dió á la política papal su rumbo ultramontano. Bajo el gobierno del mismo papa Paulo III, partidario de la reforma de la Iglesia romana, rompió la Iglesia con toda tendencia de reforma. Este Papa facilitó á la Iglesia romana sus medios mas poderosos para la realización del nuevo programa; pues Paulo III confirmó la Orden de los jesuitas, abrió el Concilio de Trento y amplió la Inquisición.

Cualesquiera que fuesen las causas que contribuyeran á este cambio trascendental de la Iglesia romana, lo cierto es que encontró en los jesuitas los auxiliares mas celosos, los cuales fueron los que principalmente sostuvieron á la Iglesia de Roma en la dirección ultramontana.

Frecuentemente se ha comparado á Ignacio de Loyola con el reformador alemán, de índole tan radicalmente opuesta. En un punto, sin embargo, se parecían ambos, pues sin Lutero no habría nacido la nueva Iglesia y sin Loyola no habría resucitado la Iglesia romana á nueva vida y á nuevo poder.

Era Ignacio de Loyola un hombre extraordinario y dotado singularmente por la naturaleza de cualidades que contrastaban entre sí. Por un lado tenía una voluntad de hierro, una inteligencia penetrante, la perseverancia mas tenaz en obrar como en padecer, una rigidez durísima é inflexible tanto para sí como para los demás, el espíritu de empresa mas osado, la observación escudriñadora y el conocimiento profundo del hombre, génio práctico y talento organizador asombroso, á lo cual se agregaba una fantasía meridional ardiente, una tendencia fanática á la pasión religiosa y una sumisión ciega y sin límites á las visiones de su imaginación exaltada y extraordinariamente nerviosa y á las inspiraciones de la iluminación interior. Era un génio quijotesco en el sentido mas grave. Poseía todas estas cualidades en grandes proporciones, cuyo conjunto daba á Loyola aptitud para ejercer sobre los demás hombres una influencia absoluta, hacerse fundador de una comunidad religiosa, inspirarse y llenarse completamente de una idea grande y realizarla con el fanatismo mas tenaz y mas irresistible. Esta gran idea que se apoderó de Loyola fué el dominio universal del Papa (1) y de la Iglesia romana, y en su virtud este militar español, inutilizado en la guerra con los franceses, pero dominado por la pasión del combate, se decidió á conquistar para la Iglesia los dilatados dominios paganos y reconquistarle los dominios perdidos en aquel tiempo de desercion general.

A este fin fundó una Compañía, exacto reflejo de su propia índole, pues presentaba la misma union de exaltacion

(1) El dominio espiritual, y no del Papa como persona, sino como vicario de Cristo.  
(N. del T.)

religiosa y de fría penetración intelectual, de piedad y de saber vivir, de abstinencia y de energía, de entusiasmo ardiente y de frío cálculo. Aquella Compañía era además enteramente militar por su carácter y espíritu, porque su meta era la conquista y de consiguiente el combate, la guerra; el servicio era duro y rígido y para esto pertrechó el fundador la Compañía con abundancia de armas espirituales, instruyó á sus individuos con escrupulosa solicitud, les comunicó el ardor del combate y la certeza de la victoria, y así preparados los condujo al campo de batalla.

Esta Compañía no se debía ocupar en los ejercicios ascéticos y contemplativos para llegar á la perfección propia, como los que tenían por objeto las órdenes religiosas antiguas.

Los individuos de la Compañía de Loyola no debían renunciar al mundo para prepararse para el cielo con maceraciones, penitencias y contemplaciones devotas, sino que se preparaban para entrar en el mundo, pues que solo en él podía realizarse el objeto de la Compañía, objeto si se quiere mas general y mas impersonal que la salvación del propio individuo, pues era ganar y convertir con el ejemplo y la persuasión, con astucia y á la fuerza, por todos los medios y caminos rectos ó torcidos, á los hombres para hacerles entrar en el seno de la Iglesia única verdadera, y prepararles así á la bienaventuranza. Mas que la salvación de las almas se proponía la Compañía el dominio del poder pontificio sobre toda la humanidad, y por esto se exigía á los individuos mas iniciados de la Compañía, además de los tres votos monásticos, otro, el cuarto y superior, y semejante al juramento de la milicia, por el cual prometían los jesuitas dedicar su vida al servicio constante de Cristo y de los Papas, ser la milicia que bajo la bandera de la cruz sirviera únicamente al Señor y á su representante en la tierra, el Pontífice romano, y hacer sin demora ni excusa, al instante (*sine ulla tergiversatione aut excusatione, illico*), en cuanto alcanzaran sus fuerzas, todo cuanto el Papa reinante mandase en asuntos de la salvación de las almas y de la propagación de la fé, y marchar á cualquier país que los enviara, todo esto tan ciegamente que los individuos de la Compañía, segun dice Loyola en un pasaje, «no debían vacilar en embarcarse, á falta de buque, en una simple tabla si se les mandara atravesar el mar.»

Confirmada la Sociedad de Jesús por Paulo III (1540) y colmada por él y sus sucesores de ventajas y privilegios, muchos de ellos hasta entonces nunca vistos, se encontró en su rápido crecimiento como un Estado completamente independiente dentro del Estado de la Iglesia romana, y al emprender con el mas asombroso resultado la lucha en favor de la monarquía espiritual universal del Pontificado romano, consiguió pronto los medios y el poder de dominar y regir á su vez la Iglesia, la cual á medida que se fué robusteciendo se fué haciendo instrumento de la Compañía.

Por esto es conveniente tambien desde el punto de vista de nuestra obra recordar aquí brevemente el carácter y esencia de la creación de Loyola.

Como ya hemos dicho, esta creación es un instituto militar en el terreno de la Iglesia, una milicia espiritual, una compañía de Jesús, una legión de Dios.

Si en otras órdenes todos los miembros tienen una misma categoría, no sucede así en la Orden de Jesús, á cuya cabeza está un «general» revestido de un poder monárquico absoluto; el lazo que tiene unida esta Sociedad es el de la subordinación militar, base de toda cohesión y de sus buenos resultados. Los jesuitas hacen los tres votos monásticos; pero mientras se insiste poco en el de la castidad y se elude el de la pobreza, dan toda la importancia al de la obediencia, que